

Una interpretación en torno a la doble transvaloración del hombre creador en *Así Habló Zaratustra*

Tania H. Espinoza Altamirano
FFyL UNAM

Resumen: El presente texto pretende aportar una interpretación en torno a la noción de “hombre creador” nietzscheana, a través de la propuesta de una doble transvaloración (en tanto transvaloración de los valores, y la superación de sí mismo), para ello, nos valdremos del drama que Nietzsche nos presenta en su famosa obra de madurez *Así habló Zaratustra*.

Palabras clave: hombre creador - transvaloración de los valores - voluntad de poder - moral - muerte de dios

Summary: The present text intends to provide an interpretation of Nietzsche's notion of "creator man", through the proposal of a double transvaluation (as a transvaluation of values, and the overcoming of oneself), for this purpose, we will use the drama that Nietzsche presents in his famous mature work *Thus Spoke Zarathustra*.

Keywords: creator man - transvaluation of values - will to power - morality - death of god

La noción de “hombre creador” aparece casi en la última parte del prólogo del *Zaratustra*, para ser exactos: en el apartado número nueve. Desde este primer momento, podemos encontrar ciertas características que nos ayudan a vislumbrar las acciones que hacen del hombre un ser que crea. Lo primero que salta a la vista es una primera definición: el hombre creador es aquel que destroza las tablas de sus valores⁶⁴, surge la pregunta ¿de quién o de quiénes son los valores que ha de destrozar el hombre creador? —de los pastores, que se denominan buenos y justos, de los fieles al credo— podemos contestar, remitiéndonos al texto mismo. Sin embargo, resulta importante desentrañar, en todo caso, quiénes son aquellos que aborrecen al hombre creador; así que, tomando como directriz los términos “pastor, bueno y justo”, podemos inferir que hay una referencia a la tradición judeocristiana, si bien los términos de lo “bueno y lo justo” aparecen con

⁶⁴ Cfr. Nietzsche, F. *Así hablaba Zaratustra*, Leyenda, México, 2011. p 19.

Horizontes filosóficos N° 10 - 2020

anterioridad en los griegos, el término “pastor” es el que nos muestra más esclarecedor el hecho de que la crítica va enfocada a la tradición primeramente mencionada, pues es en ella donde este término se usa para referir a la figura de Jesús⁶⁵. La situación se percibe en mayor magnitud cuando se piensa que gran parte del pensamiento Occidental tiene como base la doctrina judeocristiana⁶⁶, pues se comprende que la tarea del “hombre creador” no resulta sencilla, ya que para el establecimiento de nuevos valores, es necesario la destrucción de los anteriores.

El mismo Zaratustra dice “transvaloración de todos los valores, he aquí la transformación de los hombres creadores. Quien ha de ser un creador, siempre destruye”.⁶⁷ Sin embargo, resulta necesario reflexionar a qué se refiere con esta “destrucción”. Me parece que tal “destrucción” debe ser entendida como una “superación”; cuando el mismo Zaratustra anuncia que no existe ni un bien ni un mal imperecedero, menciona también que los valores tienen que “superarse siempre otra vez”.⁶⁸ Tomando en cuenta que los valores de los cuales habla Zaratustra —por lo menos en los apartados revisados hasta ahora— son únicamente el “bien” y el “mal”, podemos decir que se está hablando de un aspecto relativo a la moral, en este sentido, se logra entender mejor este “superarse siempre otra vez”, ya que en el apartado “De las mil y una metas”, se logra ver que para Zaratustra los valores no pueden ser pensados como entidades absolutas, pues en primera instancia, de la multiplicidad de pueblos devienen multiplicidad de morales; ya el sólo hecho de ser conscientes de tal pluralidad moral, provoca que sea sospechoso pensar en una presunta validez universal de lo que es valorado bajo el nombre de “bueno” y “malo”. Como señala Karl Jaspers, la exigencia moral podría ser, para los hombres que viven en determinado instante, una obligación que se les impone y que está justificada. Pero no se necesita renunciar a la validez universal de una ley que rigiese para los hombres en cuanto hombres, sino sólo a la validez universal e intemporal de determinados contenidos.⁶⁹ Así pues, el hombre como tal es el ser que valora, sin embargo, aquello que se debe superar de manera constante son los contenidos de lo que se tiene por “bueno” y “malo”.

⁶⁵ Sal. 23:1

⁶⁶ Resulta preciso señalar que nos referimos al pensamiento de la masa en general, ya que si referimos al pensamiento filosófico de Occidente quizá sea más acertado tomar como base el pensamiento Platónico. Sin embargo, lo que se pretende resaltar es aquello que tienen en común ambas formas de pensamiento, es decir, la creencia de la existencia de una verdad en sí, y como tal de la existencia de lo bueno en sí, de lo justo en sí, y las implicaciones que de ello se desprenden.

⁶⁷ Cf. Nietzsche, F., *op.cit.*, p. 45.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 83

⁶⁹ Cf. Jaspers, K. *Nietzsche (introducción a la comprensión de su filosofar)*. Sudamericana. Buenos Aires. 2003,p., 160

Horizontes filosóficos N° 10 - 2020

El hombre tiene que recorrer un camino para llegar a ser creador, por lo menos eso se puede inferir en el discurso *de las transformaciones*. La del espíritu en camello, la del camello en león, y la del león en niño⁷⁰, son las tres transformaciones que nos presenta de manera explícita el discurso de Zaratustra.⁷¹ Sin embargo, nos enfocaremos en la tercera transformación, que es la que ayudará a ejemplificar de mejor manera la figura del hombre creador. En la figura del niño se pretende representar la ingenuidad⁷², el olvido y un nuevo comienzo; en este sentido se puede ver que en esta última transformación puede darse la destrucción de los valores de antaño, y la creación de los nuevos. En la presentación de esta tercera transformación se menciona de manera explícita la cuestión de la voluntad como una conquista del propio mundo⁷³. Puede entenderse tal conquista como la interpretación propia del mundo, y con ello, la creación de los valores que devengan de tal interpretación, se entiende que, si el hombre creador en todo caso es aquel que crea su propio mundo, el valor de las cosas depende del valor que el hombre ponga en ellas, es decir, éstas no tienen un valor en sí mismas, sino que el hombre interpreta el mundo y con ello, establece de manera personal el valor de las cosas.

En su discurso *Del camino del hombre creador*, Zaratustra expresa que el deseo de crear es resultado del desprecio⁷⁴, sin embargo, ¿en qué sentido debemos entender el desprecio?, Zaratustra advierte que en ese transitar el hombre puede concebirse así mismo “como un hereje, un brujo, un adivino, un loco, un escéptico, un inmoral y un perverso”⁷⁵, podemos proponer esto como una posible respuesta a la anterior interrogante, sin embargo, pareciera que concebirse de esa manera sólo puede ser resultado de juzgarse desde la óptica de una doctrina que establece que todo cuestionamiento de los valores establecidos resulta un acto de herejía, brujería, locura, inmoralidad etc.

Presuponemos entonces que en este punto aún no se ha logrado la superación total de los valores anteriores, sin embargo, tal desprecio sólo se hace posible en tanto que ya se muestra la pretensión de acabar con una tabla de valores anteriormente impuesta. Sin embargo, se

⁷⁰ Cfr. Nietzsche, F., *op. cit.* p. 21.

⁷¹ Zaratustra señala que el espíritu se convierte en camello en cuanto se arrodilla anhelante de acarrear la pesada carga, sin embargo, desde antes de convertirse en camello, el espíritu es “sufrido y respetuoso: su fuerza gusta de lo pesado”. Con ello, podemos suponer que la crítica nietzscheana a la cultura Occidental se hace presente una vez más. Pues, el espíritu del cual habla Zaratustra se muestra de ante mano dispuesto a llevar aquella pesada carga, contaminado de aquel pensamiento dominante (judeocristiano), considera que, llevando pesadas cargas, éste demuestra su vigor. “¿Qué es lo más pesado? Oh, héroe -agrega el espíritu sufrido-; quiero saberlo para que yo cargue eso y demuestre mi vigor.” (ZA, p 21)

⁷² En *Ecce homo* Nietzsche hace referencia a un espíritu que juega ingenuamente, pues sin quererlo y por una plenitud, juega con todo lo que hasta ahora ha sido llamado santo, bueno, intocable. (EH, p 107)

⁷³ Cf. Nietzsche, F. *op. cit.*, p. 22.

⁷⁴ *Ibid.*, p 48

⁷⁵ *Ídem.*

Horizontes filosóficos N° 10 - 2020

necesita de una sobreabundancia de fuerza para no fenecer en el intento, “¡hay sentimientos que están resueltos a matar al hombre solitario! ¡Si no lo consiguen ellos mismos deben morir!”⁷⁶, ¿se habla acaso de los sentimientos anteriormente mencionados? Nos aventuramos a decir que sí; en su transitar el hombre creador grita a sus adentros: todo es mentira, y tal afirmación encierra consigo la negación de la verdad en cualquier tabla de valores. El “destrozatablas”⁷⁷ pues, ya se ha dado cuenta que la verdad resulta relativa, y que es el hombre mismo el que en su interpretación del mundo otorga un sentido a las cosas⁷⁸.

Zaratustra menciona que quien ama siente deseos de crear,⁷⁹ con ello, podemos pensar que toda creación es obra de un amante, pero, ¿en qué sentido el amor se vuelve fuente de creación? Dado que Zaratustra habla sobre el camino del amante en el apartado “Del camino del hombre creador”, y tomando en cuenta que el amante es el que crea, podemos suponer que tal camino es uno y el mismo, “te amas a ti mismo, y así te desprecias como sólo desdeñan los que aman”⁸⁰, parece ser que el hombre creador tiene primeramente que amarse a sí mismo para que tal fuerza creadora emerja de sus adentros.

¿Cómo entender el amor en los discursos de Zaratustra?, si bien éste hace —sin duda— una crítica tajante a todo aquello que rige el pensamiento de Occidente, no sería acertado pensar que el amor es tomado aquí en el sentido tradicional,⁸¹ entonces habrá que contestar a la pregunta: ¿en qué sentido se puede hablar de amor como fuente de la creación? Es en el discurso “De las mil y una metas” cuando Zaratustra señala que muchas naciones son las que ha conocido, cada una de ellas con una tabla de valores distinta, pues lo que para unos es bueno, ante los ojos del vecino es deplorable.

Resulta interesante que esto lo menciona antes de introducir por vez primera el concepto de Voluntad de Poder. “Una tabla de los valores está suspendida sobre cada pueblo. ¡Atención!: es la tabla de sus superaciones. ¡Atención!: es la voz de su voluntad de poder”⁸². Valorar es crear, y con ello, podría decirse que la creación misma es la voz de la Voluntad de Poder. Es el hombre mismo quien se ha fijado todo su bien y mal, que no lo encontraron, ni les cayó, como voz, del cielo.⁸³ Este mismo

⁷⁶ *Ibid.*, p 47

⁷⁷ El mismo Zaratustra denomina *destroza tablas* al hombre creador, en el apartado número nueve del prólogo del ZA.

⁷⁸ *Ibid.*, p 44

⁷⁹ *Ibid.*, p, 48

⁸⁰ En el aspecto filosófico, la cuestión del eros la encontramos incluso en la etimología misma de la palabra “filosofía” que generalmente se define como “amor por la sabiduría”. Entendido este eros como aquel que nos hace amar el conocimiento mismo y nos aventura a encontrar la verdad, una verdad que se supone absoluta. En Nietzsche ya no podría hablarse de este tipo de amor dado que la existencia de la verdad como algo absoluto se esfuma con la tesis de la muerte de dios.

⁸¹ Cf. Nietzsche, F., p. 44.

⁸² *Ídem.*

⁸³ *Ídem.*

Horizontes filosóficos N° 10 - 2020

“bien y mal” no es más que una obra, y como toda obra tiene como génesis a un creador, tal creador es el amante; Zaratustra repite una vez más que varias son las naciones que ha conocido, pero esta vez para aclarar que en ninguna ha hallado poder más grande que las obras de los amantes —obras que llevan por nombre “bien” y “mal”— ¿será incidental el orden que se le ha dado en el discurso a la Voluntad de Poder y a los amantes como creadores? Me parece que no, en todo caso se deja ver algo en común en ambos casos, a saber, la acción creadora como un superarse a sí mismo mediante la invención de los valores. Y atendiendo al orden con el que aparecen cada una de las ideas en el discurso, la Voluntad de Poder nos aparece más primigenia, por ello, podemos suponer que la voluntad de amar, y lo que deviene de ella, es tan sólo una determinación de la voluntad de poder;⁸⁴ esto también puede sostenerse desde la afirmación en su obra *La Voluntad de Poder* donde señala, en relación con la pasión, que la Voluntad de Poder es la forma primitiva de ésta, y las demás pasiones son solamente configuraciones de aquella fuerza primigenia.⁸⁵ Con base en lo anteriormente dicho podemos pensar que el hombre creador es, en todo caso, manifestación plena de la Voluntad de Poder; valores nuevos son los que crea, y “en la valoración misma habla... ¡la Voluntad de Poder!,⁸⁶ dice Zaratustra.

Como ya hemos mencionado anteriormente, el hombre es el que da un valor a las cosas, es aquel que les otorga un sentido; el hombre es pues, un intérprete. Así que, podemos decir entonces que el hombre creador es también intérprete, y esto apuntando hacia un mismo sentido, a saber, el de la valoración. “Lo que Nietzsche denomina “interpretación de la existencia”, coincide, para él con “la interpretación del valor”; el valor del mundo reside en nuestra interpretación”.⁸⁷ De esta manera, podemos decir que el hombre crea su propio mundo, cuando lo valora y otorga un sentido a cada una de las cosas, con la intención de “conocer” aquellos fenómenos que conforman su mundo. “Deséais crear el mundo ante el cual podáis arrodillaros”,⁸⁸ menciona Zaratustra, justo cuando introduce por vez primera la cuestión de la “voluntad de verdad”⁸⁹, que en todo caso es meramente la voluntad de transformar comprensible todo ser; aquí ya no puede hablarse de una “verdad” en sí, y probablemente tampoco de un “conocer”, sino de una mera interpretación.

En este sentido, podemos decir que el *superhombre* que nos anuncia Zaratustra⁹⁰ es precisamente el hombre que se ha superado a sí

⁸⁴ El aspecto de la voluntad de amar como una determinación de la voluntad de poder lo aborda brevemente Rüdiger Safranski en su obra *Nietzsche: biografía de su pensamiento*

⁸⁵ Cf. Nietzsche, F., *La Voluntad de Poder*, Bibliotec EDAF. España. 2006. p. 461.

⁸⁶ Cf. Nietzsche, F. *Así hablaba Zaratustra*, p. 83.

⁸⁷ Cf. Jaspers, K., *Op. Cit.*. Sudamericana. Buenos Aires. 2003., p. 307.

⁸⁸ Cf. Nietzsche, Friedrich. *Así hablaba Zaratustra*, p. 82.

⁸⁹ *Ibidem.*, p. 83.

⁹⁰ *Ídem.*

mismo por medio de la destrucción de todo valor establecido, y la creación de nuevos valores. Si bien en ninguno de los apartados mencionados con anterioridad se habla explícitamente de la necesidad de una actitud autocrítica del hombre, lo podemos suponer cuando se habla de “despreciar aquello que se ama”, pues, ¿cómo puede superarse el hombre a sí mismo sin antes haberse examinado de manera autocrítica hasta el grado de despreciar su propia obra (las obras de los amantes son aquellas que llevan por nombre “bien y mal”, en este sentido, los valores que se le han puesto a las cosas)? Sin embargo, tal superarse no se agota en el desprecio de la obra, sino que resulta necesario la destrucción de aquello despreciado, y la creación de lo nuevo. Tal construcción y deconstrucción para tener un fluir circular, pues lo que parece presentarnos Zaratustra es que el hombre tiene que vivir en un constante superarse a sí mismo. “La superación de sí mismo mediante la creación de todo un mundo imaginario de ideas, metáforas y escenas, tal como lo esboza el proyecto de Zaratustra, es más que la propia conservación. Es elevación de sí mismo”.⁹¹

El hombre se supera a sí mismo cuando encuentra la fuerza creadora que yace en él; cuando desde el sepulcro logra renacer, tal como le ocurre al mismo Zaratustra, ¿en qué sentido podemos decir que en Zaratustra ocurre dicha transformación?, para mostrar de manera precisa tal cuestión será adecuado valernos del drama que nos presenta el escenario mismo de su obra *Así habló Zaratustra*, específicamente en el preámbulo y en los apartados de las tres canciones.

Las primeras líneas de esta obra describen cómo Zaratustra, después de abandonar su patria, decide encaminarse hacia las alturas de una montaña, y durante diez años, junto a su águila y su serpiente, medita y goza de la soledad que el alejamiento de la sociedad le ha otorgado; sin embargo, hartado de no poder compartir aquella sabiduría que en su aislamiento había adquirido, decide comenzar su descenso, pues parece ser que se ha encontrado con la necesidad de compartir con los hombres —que en algún momento abandonó— aquello que, de alguna manera, ahora sabe; de esta manera, Zaratustra comenzó a bajar de aquella montaña que lo había albergado por tantos años. En estas primeras líneas Nietzsche nos muestra a un Zaratustra ansioso por volver con los hombres para enseñarles todo lo que sumergido en sí mismo logró comprender, vemos a un Zaratustra que ama a los hombres, tanto que está dispuesto a hacerles ver las cosas que hasta ese momento sólo él ha logrado contemplar.

Mientras Zaratustra se encontraba caminando solitario, cuesta abajo por aquella montaña, se encontró con un ermitaño que había salido de su cabaña para buscar raíces en el bosque, éste al ver al amante de los hombres descender, reconoció de inmediato a aquel joven que, en algún momento, había decidido subir hacia lo más alto, y al verlo,

⁹¹ Cf. Safranski, R., *Nietzsche. Biografía de su pensamiento*, Tusquets, Barcelona. 2001. p, 300

Horizontes filosóficos N° 10 - 2020

pronunció las siguientes palabras: Naturalmente, es Zaratustra. Su mirada es pura y en su boca no se advierte ningún asco ¿No se encamina hacia acá de la misma manera que un bailarín?;⁹² Resulta muy importante lo que en este punto señala el ermitaño, pues lo que nos deja ver en primera instancia, es a un Zaratustra que no concibe a los hombres —a los cuales se apresura a ver— con desprecio, pues su mirar es puro, y su boca no deja ver disgusto alguno, podemos suponer que su rostro refleja tranquilidad y que su caminar es tan alegre que simula un baile.

Ahora bien, es precisamente en este apartado donde aparece por vez primera en esta obra, la famosa frase nietzscheana “Dios ha muerto”, y ante ello, cabe preguntarnos ¿cómo es que Zaratustra desciende de aquella montaña con tal alegría y tranquilidad si parece tener plena conciencia de la muerte de Dios?, ¿será acaso que su comprensión ante tal cuestión es meramente superficial?, tales interrogantes surgen pues partimos del presupuesto de que la muerte no suele causar alegría en el ser humano, y menos aún si quien ha muerto es aquel ser superior bajo el cual se arropaba el hombre, ya sea aquel creyente que encomendándose a Dios deseaba llegar a aquel mundo “bueno y eterno”, o aquel sabio que bajo tal principio sustentaba todo un sistema de ideas que daban fundamento y sentido a la vida y al conocimiento humano.

La cuestión del superhombre es introducida en esta obra por primera vez, después de que Zaratustra ha expuesto la muerte de Dios, ha descendido por completo de la montaña, y ha llegado a la ciudad más próxima, reuniéndose en el mercado con una muchedumbre a la cual se ha propuesto anunciar al superhombre; también es en esta tercera parte del prólogo donde se presenta una crítica al cristianismo:

Yo los exhorto, hermanos míos, a permanecer fieles a la tierra y no crean a los que les hablan de esperanzas supraterráneas. Son envenenadores, lo sepan o no. Son menospreciadores de la vida, son moribundos y están, ellos mismos también envenenados. La tierra está cansada de ellos: ¡que mueran, pues, de una vez. En otros tiempos se consideraba como la mayor blasfemia la blasfemia contra Dios, pero Dios ha muerto y con Él han muerto también esos delincuentes. (...) En otros tiempos, el alma era despreciable al cuerpo; y ese desprecio era entonces lo más alto. ¡El alma exigía un cuerpo flaco, monstruoso, consumido! De esta manera pensaba escabullirse del cuerpo y de la tierra.⁹³

Estas líneas arrojadas por Nietzsche en voz de Zaratustra muestran, de alguna manera, algunas de las críticas que éste hace a la moral cristiana, donde parece ser que el afán más alto apunta, sobre todo, a supuestas esperanzas supraterráneas, en las cuales el hombre entregado a seguir aquellos preceptos, supuestamente dictados por un

⁹² Cfr. Nietzsche, F., *Así hablaba Zaratustra*, p. 10.

⁹³ *Ibid.*, p, 11

Horizontes filosóficos N° 10 - 2020

ser superior, ancla su existencia. Zaratustra los llama “menospreciadores de la vida” porque, en todo caso, desde la óptica nietzscheana, una vida regida bajo una moral cristiana, lejos de reafirmar la existencia, la niega. En su obra *La Voluntad de Poder*, Nietzsche reconoce que tras los nombres más sagrados se encontraban tendencias destructoras; de manera que, “se ha llamado Dios a todo lo que debilita, a todo lo que predica debilidad”,⁹⁴ puede decirse que un hombre considerado, bajo los preceptos de la moral cristiana, un “hombre bueno”, para el anunciador del superhombre, es “autoafirmación de la decadencia”.⁹⁵

La idea del alma como aquello que tiene que ser “cultivado” y el cuerpo como aquello que tiene que ser “negado”, es otro de los puntos que son fuertemente criticados por Zaratustra en aquel primer discurso arrojado a la muchedumbre, esto nos permite ver que, en efecto, la idea de un trasmundo —sea “bueno” o “malo” (paraíso o infierno)— al cual sólo tiene acceso el alma es nuevamente negado, si bien, se sigue hablando de un alma supuestamente existente, Zaratustra terminará de anular por completo la idea de la supuesta existencia del alma después de la muerte, en el sexto apartado del prólogo, cuando éste, mientras observa a un volatinero moribundo farfullar algunas de sus últimas palabras acerca del “infierno”, opta por decirle: Te juro, amigo mío, que todo eso de que hablas no existe: no hay demonio ni infierno. Tú espíritu se extinguirá más rápido aún que tu cuerpo, no temas ya nada.⁹⁶

Ahora, el escenario en el cual se presenta Zaratustra anunciando que el hombre es algo que tiene que ser superado, que Dios ha muerto y con ello también debería morir todo lo que de Él se derivaba, no es favorable, pues, parece que la muchedumbre no escucha las palabras de aquel extraño visitante.

Lo que nos deja ver en todo caso dicho drama, es que, por lo menos, hasta ese momento, aquella masa de gente no puede comprender las palabras que Zaratustra ha bajado a compartir; resulta importante tener esto en mente, pues parece ser que después de este primer discurso, el anunciador del superhombre, sólo vuelve a dirigirse, por lo menos de manera explícita, a la muchedumbre, en el apartado quinto, mismo donde, después de decirse a sí mismo “Ahí están, (...) y se burlan, no me comprenden, no soy yo la boca para estos oídos”,⁹⁷ arroja otra de las más fuertes críticas nietzscheanas, a saber, la crítica a la cultura: Tienen algo de que están orgullosos ¿Cómo le llaman a aquello de lo que se enorgullecen? Cultura le llaman; es lo que les diferencia de los tunantes. Por esa razón les disgusta escuchar, dirigida a ellos, la palabra “desprecio”. Hablaré, pues, a su orgullo. Voy a hablarles, pues, de lo más

⁹⁴ Cf. Nietzsche, F., *La Voluntad de Poder*, p. 67.

⁹⁵ *Idem*.

⁹⁶ Cf. Nietzsche, F. *Así hablaba Zaratustra*, 2011, p. 16.

⁹⁷ *Ibíd.*, p, 14

Horizontes filosóficos N° 10 - 2020

despreciable, del último hombre.⁹⁸ Estas palabras pronunciadas por Zaratustra, dejan ver de manera explícita, la crítica a un hombre en particular, a saber, “el último hombre”, ¿quién es este último hombre? Podemos suponer, partiendo de lo que prosigue a las anteriores líneas, que, en todo caso, el “último hombre”, es aquel que, sumergido en la cultura, ha perdido la capacidad del desprecio a sí mismo, ¿en qué sentido?, ha dejado de cuestionar no sólo la axiología bajo la cual se rige su época, sino también, los valores y las creencias bajo las cuales se rige él mismo, pues como ya hemos tratado párrafos anteriores, sólo en la medida de que se desprecia algo se puede dar la acción destructora.

Zaratustra ataca ciertos puntos en específico en relación a la cultura, menciona que estos “últimos hombres” son los que han abandonado sus “comarcas” y se han ido a refugiar a las grandes ciudades, pues al parecer, la vida se torna más fácil en ellas,⁹⁹ en este sentido, la crítica parece ir dirigida a aquella sociedad que encerrada en un mundo urbano se ha olvidado, de alguna manera, de aquellos lugares remotos, que por su carencia urbana, permiten un contacto más directo con el medio natural; parece también arrojar una crítica al enajenamiento del trabajo cuando menciona “continúa trabajando la gente, porque es un entretenimiento el trabajo. Sin embargo, se procura que no fatigue el entretenimiento”;¹⁰⁰ la crítica a la supuesta igualdad entre los seres humanos se muestra cuanto Zaratustra pronuncia las siguientes palabras: ¡He aquí un rebaño sin pastor! Quieren todo lo mismo, todos son iguales, y el que piensa de forma diferente se recluye voluntariamente en el manicomio.¹⁰¹

Estas y otras críticas son dichas de manera contundente por el anunciador del superhombre, en este escenario Zaratustra sigue teniendo una actitud hasta cierto punto optimista, pues considera que quizá esta vez la muchedumbre pueda tomar en cuenta sus palabras; sin embargo, este discurso nuevamente es interrumpido por los gritos de las personas, haciendo que Zaratustra diga para sí mismo “no me entienden, no soy boca para sus oídos”. Esta escena, si bien nos deja ver a un Zaratustra posiblemente decepcionado por la indiferencia de aquellos hombres —por los cuales había abandonado la soledad de la montaña— nos muestra también a un Zaratustra que no se ha dejado vencer por aquel desdén, dispuesto incluso a seguir su camino con el mismo ímpetu con el que había decidido descender de las alturas: inmóvil es mi alma y luminosa como las montañas por la mañana. Sin embargo, ellos creen que soy frío y me agrada hacer bromas terribles.¹⁰²

⁹⁸ *Idem.*

⁹⁹ *Idem.*

¹⁰⁰ *Idem.*

¹⁰¹ *Ibid.* p. 15.

¹⁰² *Idem.*

Horizontes filosóficos N° 10 - 2020

Del sexto al noveno apartado del preámbulo, la narración de la obra gira en torno al camino que emprende Zaratustra luego de que, en medio de su espectáculo, el volatinero cae de una cuerda que pendía de entre dos torres, éste al caer en medio del tumulto de personas es atendido únicamente por Zaratustra, pues la gente se retira dejando al moribundo agonizar; Zaratustra decide cargar al muerto sobre su espalda para cuidar y dar sepultura al cadáver. Una vez más, y a pesar de todo el cansancio que le provoca aquel transitar, la narración nos muestra a un Zaratustra optimista, pues después de todo, ha aprendido algo nuevo:

Zaratustra durmió durante varias horas y no sólo pasó la aurora por delante de él, sino también toda la mañana. Pero finalmente abrió sus ojos y asombrado contempló el bosque y disfrutó del silencio. Y miró nuevamente asombrado dentro de sí mismo. Se puso en pie rápidamente, de la misma manera en que lo hace un navegante cuando de pronto descubre tierra firme, y se regocijó, pues acababa de revelarsele una nueva verdad. Y dijo para sus adentros: me doy cuenta de que necesito compañeros vivos, no compañeros muertos y cadáveres que llevo a costas a donde quiero.¹⁰³

De esta manera, podemos notar que a lo largo del prólogo, Zaratustra se presenta, en primera instancia ante la muchedumbre, deseando ser escuchado, pues éste se ha encomendado una gran tarea, a saber, mostrar a los hombres al superhombre, y todo lo que esto conlleva; sin embargo, se encuentra con que las personas no están dispuestas a escucharlo, por ello, en los últimos apartados vemos que una nueva verdad se le ha revelado, Zaratustra ahora sabe que no debe ser ni pastor ni sepulturero,¹⁰⁴ es decir, que no debe hablar más a la muchedumbre, que de alguna manera se ha mostrado como aquel rebaño que anda siempre a ciegas. Ahora bien, a lo largo del preámbulo, la narración nos deja ver a un Zaratustra que, a pesar de los obstáculos que se encontró en su andar, parece no sólo sereno, sino contento; si bien desde el segundo apartado ha anunciado la muerte de Dios, y posteriormente se ha dado a la tarea de mostrar a los hombres que todas las creencias bajo las cuales han determinado lo bueno y lo malo son tan solo falacias, éste parece no estar perturbado ante tales cuestiones, parece ser que hasta ese momento, Zaratustra se muestra como un “destrozatablas”, pues es consciente de la necesidad de derrumbar aquellas creencias que se han tomado por verdades absolutas por largo tiempo.

En este sentido, podemos plantear que en Zaratustra se deja ver aquella transformación óptica (transvaloración de los valores), en la cual los valores de antaño son cuestionados y destruidos, en pro de una

¹⁰³ *Ibid*, p. 18.

¹⁰⁴ *Ibid*, p. 19.

Horizontes filosóficos N° 10 - 2020

nueva valoración. Sin embargo, la segunda transformación, aquella que se encuentra en un nivel ontológico (superación de sí mismo) aún no se ha dado en él, pues dicha transformación tiene un carácter existencial, en el cual, el hombre no sólo se da a la tarea de predicar el nihilismo, sino que, lo siente en lo más hondo de su ser, aquí el sinsentido y la falta de fundamento no se plantean en discursos, sino que se viven, se hacen patentes. Dicha transformación ontológica se muestra a lo largo de las tres canciones: la canción de la noche, la canción del baile, y la canción de la tumba.

¡De tanto obsequiar, se ha extinguido mi encanto de obsequiar!
¡Mi virtud se ha saciado de sí misma en superabundancia! Quien siempre obsequia se encuentra en riesgo de perder la vergüenza; a quien siempre reparte, se le desarrollan callos en la mano y en el corazón. Ya no se me empañan los ojos ante la vergüenza de los implorantes; mi mano ya no aprecia el temblor de las manos que reciben.¹⁰⁵

Precisamente en estas líneas que nos presenta Nietzsche en “la canción de la noche”, podemos notar un cambio radical en el discurso de Zarathustra; en el primer apartado del preámbulo había dirigido las siguientes palabras al sol: (...) necesito bajar a las profundidades, de la misma manera que tú lo haces por la noche para ofrecer luz a ese mundo sombrío;¹⁰⁶ y en la segundo apartado, cuando hablaba con el anciano ermitaño, Zarathustra hace hincapié en que tiene un obsequio para los hombres.¹⁰⁷ Sin embargo, en esta primera canción, parece ya no estar convencido del propósito que lo impulsó a descender de las alturas, pues el obsequiar ya no le causa ningún bienestar, y aquellos a los que ha pretendido dar los obsequios se han mostrado indiferentes; si en el preámbulo Zarathustra se mostraba preocupado por los hombres, ahora parece ya no sentir empatía alguna por ellos; si en un comienzo pretendía ser, al igual que el sol, aquella luz que alumbrara la oscuridad de aquellos sumergidos en la noche, ahora parece estar él mismo parado en medio de la oscuridad.

Algo que no puedo reconocer me rodea y me observa con aire pensativo. ¿Cómo? ¿Vives todavía, Zarathustra? ¿Por qué? ¿Para qué?
¿Por obra de qué? ¿A dónde? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿No es una estupidez vivir todavía? Amigos míos, la noche pregunta por mí.
¡Disculpen mi tristeza! ¡Ha caído la noche!¹⁰⁸

¹⁰⁵ *Ibid*, p. 76-77.

¹⁰⁶ *Ibid*, p. 9.

¹⁰⁷ *Ibid*, p. 10.

¹⁰⁸ *Ibid*, p. 79.

Horizontes filosóficos N° 10 - 2020

En “la canción del baile” es donde se hace explícito el decaído estado de ánimo bajo el cual se encuentra Zaratustra, la serie de interrogantes que el personaje se hace a sí mismo en esta parte de la obra, dejan ver la crisis existencial que en éste se presenta. Si bien en un comienzo parece seguro de tener un propósito, ahora no le parece tan claro; ya había anunciado a la muchedumbre la muerte de Dios, sin embargo, no es hasta que se da el diálogo directo con la vida, que Zaratustra parece comprender desde lo más hondo de su ser, lo que tal cuestión implica; por medio de sus discursos había anunciado la necesidad de dejar de creer en supuestas “verdades absolutas”, así como en el supuesto sentido intrínseco del acontecer humano, sin embargo, hasta ese momento tales “anuncios” no parecían causar en él incomodidad alguna, pues, incluso se mostraba contento y positivo en su andar.

Desde mi interpretación, lo que en todo caso nos deja ver “la canción del baile”, es que, justo en ese momento, a Zaratustra se le presenta el nihilismo de manera existencial, es decir, ya no sólo se encuentra anunciando lo que éste implica, sino que se encuentra sumergido en él; sin embargo, esto sólo ocurrió después de que su diálogo fuese plenamente existencial, es decir, con la vida misma, “¡El otro día te miré a los ojos, oh, vida! Y me pareció caer en un precipicio inescrutable!”; ¹⁰⁹ ahora bien, en el diálogo que Zaratustra tiene con la vida, resuena el símil entre la sabiduría y la vida, el solitario dice de la primera que “se tiene sed de ella, sin poder saciarla nunca; se ve a través de velos; se prende por medio de redes.

¿Es bella? ¡No sé! Sin embargo es una carnada que hace picar incluso a los peces más maduros”.¹¹⁰

Vida y sabiduría parecen tener algo en común, a saber, que ambas se presentan para Zaratustra como apariencias, como ilusiones que sólo logran concebirse a través de velos, esto es en todo caso, por medio de aquello que de suyo el hombre coloca, en este sentido, ni la sabiduría ni la vida tiene propiamente una esencia o una sustancia que las haga verdaderas o eternas, resultan sólo interpretaciones del ser humano. Como ya se ha dicho anteriormente, parece ser que, si bien tales cuestiones ya fueron anunciadas por Zaratustra en sus discursos, es hasta que el sentimiento nihilista se presenta en él de manera existencial que la tristeza lo invade, junto con una serie de interrogantes que, curiosamente hasta ese momento le surgen desde lo más decaído de su ser.

En la tercera y última canción, “la canción de la tumba”, Zaratustra hace referencia a la muerte de su juventud, y por supuesto, a aquello que tal fenecer implica, pues junto a su juventud han muerto también aquellas visiones de antaño, aquella sabiduría joven que en algún momento decidió bajar y compartir con los hombres, aquellas “palabras,

¹⁰⁹ *Ibid*, p. 78.

¹¹⁰ *Idem*.

Horizontes filosóficos N° 10 - 2020

en verdad, de una sabiduría contenta.¹¹¹ Como bien lo señala el nombre de esta canción, en esta parte de la obra, Zaratustra rememora aquello que si en algún momento se presentó como algo vivo, ahora yace muerto:

Esto les pregunto a mis enemigos: ¿qué es todo asesinato en comparación con lo que me han hecho? Me hicieron un daño peor que cualquier asesinato: me impusieron una pérdida irremplazable; ¡de esta manera me dirijo a ustedes, mis enemigos! (...) los enemigos, robaron mis noches y las convirtieron en tortura insomne. ¡Ay!, ¿en dónde se encuentra esa sabiduría alegre? En un tiempo deseé signos favorables; entonces me enviaron un repulsivo pajarraco. ¡Ay!, ¿en dónde se encuentra mi ansia entrañable? (...) ¹¹²

De esta manera, podemos interpretar que Zaratustra se encuentra rememorando todo lo que en un principio lo había llevado a descender de la montaña, aquella alegría que lo acompañó durante un largo transitar, pero que, sin embargo, en algún momento encontró su ocaso. Es justamente en esta última canción, donde el nihilismo se presenta en su completa realización, pues si bien, en “la canción del baile” Zaratustra se ha encontrado de frente con el derrumbamiento de todo valor, el nihilismo se queda en su fase pasiva, pues el llamado anunciador del superhombre se queda inmerso en la tristeza; sin embargo, en “la canción de la tumba” el nihilismo se manifiesta en su sentido activo: ¿Cómo logré soportar eso? ¿Cómo pude subsistir a tales heridas? ¿Cómo resucitó mi alma de los sepulcros? —se pregunta a sí mismo— Ah, hay en mí algo inmune, insurrecto: mi voluntad. Muda e inalterable, ella transita los años.¹¹³

Bibliografía

- Jaspers, K. *Nietzsche* (2003), Sudamericana, Buenos Aires.
Nietzsche, F. (2011), *Así hablaba Zaratustra*, Leyenda, México.
Nietzsche, F. (2006), *La Voluntad de Poder*, Bibliotec EDAF, España.
Safranski, R. (2001). *Nietzsche. Biografía de su pensamiento*. Tusquets. Barcelona.

¹¹¹ *Ibid*, p. 80.

¹¹² *Idem*.

¹¹³ *Ibid*, 81.

Horizontes filosóficos N° 10 - 2020